

RESISTIR LA CENSURA DEL MUNDO

Y tú, hijo de hombre, no les tengas miedo, no tengas miedo de sus palabras si te contradicen y te desprecian y si te ves sentado entre escorpiones.

No tengas miedo de sus palabras, no te asustes de ellos, porque son una casa de rebeldía. (Ezequiel 2,6)

Lo que aquí está implícito, la adversidad del profeta Ezequiel, se cumplió en mayor o menos medida en el caso de todos los profetas. No fueron meramente maestros sino confesores de la fe. No llegaron sólo para desarrollar la Ley o predecir el Evangelio sino para advertir y reprender, y no sólo para reprender sino para sufrir. Este mundo es una escena de conflicto entre el bien y el mal. El mal no sólo evita el bien sino que lo persigue. El bien no puede conquistar sino sufriendo. Los hombres buenos parecen fracasar, su causa triunfa, pero su propio derrumbe es el precio pagado para el éxito de la misma. ¿Cuándo este conflicto y el carácter y resultado del mismo no se ha cumplido? Así fue en el principio. Caín, por ejemplo, estaba envidioso de su hermano Abel, y lo mató. Enoc caminaba con Dios y era un predicador de la virtud, y Dios se lo llevó. Ismael se burló de Isaac. Esaú se llenó de ira contra Jacob y resolvió matarlo. Los hermanos de José se llenaron de odio implacable, planearon matarlo, lo tiraron a un pozo, y finalmente lo vendieron mandándolo a Egipto. Más tarde, de igual modo, Cora, Datán y Abirán se levantaron contra Moisés. Y más tarde aún, Saúl persiguió a David, y Ajab y Jezabel persiguieron a Elías, y los sacerdotes y profetas al profeta Jeremías. Por último, para no extenderme en otros ejemplos, los principales sacerdotes y fariseos, llenos de envidia, se levantaron contra Nuestro Señor Jesucristo, y le enviaron al gobernador pagano Poncio Pilato para ser crucificado. Después de El, también los Apóstoles, especialmente San Pablo, fueron perseguidos por sus feroces y vengativos compatriotas. Y por el modo como habla el mismo San Pablo sobre el tema podemos inferir que siempre será así: “Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones” (2 Tim 3,12), o, como dice después de referir la historia de Isaac e Ismael, “Así como entonces el nacido según la naturaleza perseguía al nacido según el espíritu, así también ahora” (Gal 4,29), y ciertamente vemos que esto se cumple en su medida ante nuestros ojos hasta el día de hoy. De aquí que Nuestro Salvador, para consolar a quienes sufren por su causa, dice misericordiosamente, “Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5,10).

El caso parece ser este. Aquellos que no sirven a Dios con sencillo corazón saben que deben hacerlo, y no quieren que se les recuerde que deben. Y cuando se encuentran con alguien que vive para Dios, éste de por sí se los recuerda, y como les disgusta es la primera razón por la que están enojados con el hombre religioso, cuya sola vista les perturba e inquieta. En segundo lugar, sienten en sus corazones que él está en mucho mejor situación que ellos. No pueden evitar el deseo, aunque son difícilmente concientes de su propio deseo, de ser como él, aunque no tienen la intención de imitarlo, y esto los hace celosos y envidiosos. En vez de estar enojados con ellos mismos se enojan con él.

Estos son sus primeros sentimientos. ¿Qué sigue después? Están muy tentados de negar que él sea religioso. Quieren dejar de pensar en él. Nada les aliviaría tanto sus mentes como encontrar que no existen personas religiosas en el mundo, nadie mejor que ellos mismos. Por eso, hacen todo lo que pueden por creer que él presume de religioso, y

hacen lo imposible por encontrar lo que pueda parecer en él inconsistente. Le dicen hipócrita y otras cosas. Todo esto, si hay que decir la verdad, es porque odian las cosas de Dios y, por tanto, odian a Sus siervos. En consecuencia, tanto como tengan poder para hacerlo, lo persiguen, ya sea con palabras crueles, como el texto lo dejar entrever, o con miradas frías, feroces o celosas, o de maneras aún peores. Un hombre bueno es una ofensa para uno malo. Verlo es una suerte de insulto, le irrita y le lleva a herirlo como puede. Es por eso que los cristianos, en los primeros tiempos, eran condenados a muerte por los paganos. Como Abel en manos de Caín, Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, en manos de los judíos, y San Pablo de los paganos, así, muchos después de él fueron condenados a morir también, y con los tormentos más crueles. No estaría bien describir las horribles aflicciones que los hijos de Dios soportaron de manos de los hijos de la carne, pero tenemos alguna alusión de lo que ocurrió en la primera época en un pasaje de la carta a los Hebreos, del cual podéis juzgar acerca de las pruebas más crueles que los siguientes cristianos padecieron: “...otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones: fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de lo que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra” (Heb 11, 36-38).

¡Gracias a Dios vivimos en tiempos en que esto no tiene lugar! Hasta ahora, al menos, El nos ha cuidado de modo maravilloso. Si algún mal hombre hace algún daño serio a un hombre religioso, sabe que tendría algún castigo según la ley del país. Las personas religiosas están protegidas hoy de grandes persecuciones¹, y no son lo suficientemente agradecidas por ello. Lo máximo que pueden llegar a sufrir por parte del mundo es nada comparado con lo que sufrieron los hombres de la antigüedad. Aún así, San Pablo habla de los sufrimientos de ellos y de los suyos propios como “nuestra ligera aflicción”, y si sus sufrimientos eran livianos comparados con la gloria que se seguiría después de la muerte, mucho más livianos son los nuestros, para quienes no podemos experimentar la persecución, y en el mejor de los casos solamente sufrir inconvenientes muy leves por servir a Dios fielmente. Sin embargo, es totalmente cierto que, aún hoy, ningún hombre puede rendir su mente a Dios y mostrar por sus actos que le teme, sin provocar el disgusto y la oposición del mundo. Y es importante que esté prevenido de esto, y preparado para ello. No debe molestarle, debe soportarlo, y a su debido tiempo (si Dios lo quiere) lo vencerá.

Existen modos menores por los cuales las personas impías y negligentes pueden molestar y causar inconvenientes a aquellos que quieren cumplir con su deber humilde y plenamente. Son especialmente aquellos del texto, la censura cruel, la crítica, la difamación, el ridículo, la mirada fría, el lenguaje rudo, el insulto, y, en algunos casos, la opresión y al tiranía. Quienquiera que lleve una vida religiosa debe estar preparado para estas cosas, debe agradecer si no le doblegan, pero no debe desconcertarse, no debe pensar que es algo si lo hacen.

Queridos hermanos, fijaos en esto. Al mandaros resistir los reproches a causa de Cristo, no estoy ordenando algo que yo, como ministro vuestro, no quiera practicar. No, es lo que todos los ministros de Cristo están obligados a practicar, pues en todas las épocas, ¿a *quién* pensáis vosotros que el mundo ataca y se opone primero? A los ministros de

¹ Newman escribe en 1840 y en Inglaterra, en pleno progreso y paz del imperio británico, aunque poco antes se había desatado en Francia la persecución de la Revolución francesa. No podía él saber que el siglo XX sería un escenario trágico sembrado de mártires.

Cristo, por supuesto. ¿Quién puede posiblemente ofender este mundo malo como aquellos cuyo mismo oficio es recordar al mundo sobre Dios y el cielo? Si todas las personas serias disgustan al mundo porque le presentan verdades desagradables, que olvidarían de buena gana si pudieran, esta prueba se aplica aún más a aquellos cuya misa profesión y negocio es hacer recordar a los hombres las verdades de la religión. Un hombre religioso no intenta recordárselas a sus vecinos, sigue su propio camino, pero ellos lo ven y no pueden evitar que les haga recordar. Ven que tiene buena conducta, que es sobrio, reverente y responsable, que nunca cae en excesos, que nunca usa un mal lenguaje, que es metódico en sus oraciones, en su asistencia a la Iglesia, en recibir el Santísimo Sacramento. Ellos ven todos esto, lo quiera él o no, les está recordando sus obligaciones, y como no les gusta acordarse les disgusta aquél que se las recuerda. Pero si esto es así en el caso de hombres comunes que quieren continuar una vida religiosa sin hacer ninguna profesión de ello, ¿qué pensáis que pasará con nosotros, ministros de Cristo, cuyo mismo deber es hacer de ello una profesión? Cada cosa acerca de un clérigo es una advertencia a los hombres, o debe serlo, acerca del mundo venidero, de la muerte y del juicio, del cielo y del infierno. Su misma vestimenta es un recuerdo. No viste como los otros hombres. Sus hábitos de conducta son un recuerdo. Su manera de hablar es más grave que la de otros. Sus obligaciones también son un recuerdo. Se lo ve en la iglesia leyendo oraciones, bautizando, predicando, o es visto enseñando a los niños, o en obras de caridad, o estudiando. Su vida está entregada a objetivos invisibles. Todo lo que hace intenta recordar a los hombres que el tiempo es breve, la muerte es cierta, y la eternidad larga.

Y si esto es así, ¿pensáis que a los hombres, siendo como son en su mayoría, negligentes e irreligiosos, les gusta? No, y menos aún si él continúa señalándoles sus errores y culpas, y refrenarlos, si puede. Y por eso, en todas las épocas encontraréis que el mundo ha resistido y ha hecho lo máximo para deshacerse de los predicadores del arrepentimiento y la santidad. Apedreó a Moisés, arrojó a Daniel al foso de los leones y a los tres jóvenes al horno ardiente, a San Pablo lo decapitó, a San Pedro lo crucificó, a otros los quemó, a otros los torturó hasta morir. Y así continuó por muchas generaciones. Pero como ya dije, al final las personas religiosas han sido protegidas poco a poco de la persecución por la ley del país, y los ministros de Cristo entre ellos. Y el mundo ha venido a ser más humano y generoso, si bien no más religioso, y Dios es soberano sobre todos. Pero aunque el diablo no puede perseguirnos hace lo que puede por oponerse. Ciertamente es así, porque nadie puede mirar las publicaciones del momento sin tener una prueba de ello; nadie puede ir a los lugares donde la gente se reúne para un refrigerio, o para una recreación, sin escucharlo; nadie puede andar por la calle sin ser testigo a veces de ello. A los ministros de Cristo se les pone motes, se dicen mentiras de ellos, y son ridiculizados, y los hombres se alientan unos a otros para oponérseles y defraudarlos. ¿Y por qué? Por esta simple razón: porque son los mensajeros de Dios, y los hombres en general no quieren que se les hable de Dios. Dicen que pueden hacer suficiente bien sin los ministros de Cristo, lo cual significada realmente que quieren vivir sin Dios en el mundo.

Tal es la parte que nos toca a los ministros de Cristo por vocación, y, entonces, cuando os pedimos que os preparéis para la oposición del mundo no os estamos llamando a nada que nosotros mismos no asumamos. Es bueno que en todas las cosas podamos hacer primero lo que os mandamos hacer a *vosotros*. No hay tentación o tribulación que tengáis que en su género no tengamos que resistir nosotros, o al menos que no quisiéramos resistir, tanto como es lícito desearlo. San Pablo dijo a ciertos paganos: “nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros” (Hech 14,15). San Pablo y los Apóstoles, y todos los ministros de Cristo después, son de la misma naturaleza de otros

hombres, tienen que pasar por lo que otros hombres pasan, sufrir dolor, pena, luto, ansiedad, desolación, privaciones, y tienen necesidad como ellos de paciencia, buen humor, fe, esperanza, contentamiento, resignación, firmeza, soportar bien todo lo que venga. Pero más que otros hombres son llamados a cargar con la oposición del mundo. Tienen que aguantar ser ridiculizados, calumniados, maltratados, sobrepasados, que se les tenga antipatía. Todo esto no es agradable naturalmente, más de lo que pueda ser para otros, pero ellos saben que debe ser así, que no pueden cambiarlo, y aprenden resignación y paciencia. Esta es la paciencia y la resignación es la que os exhorto a apreciar, hermanos, cuando el mundo os desprecia por vuestra religión, y llevar vuestra cruz suavemente, con alegría y mansedumbre, no con pesimismo, tristemente, o quejosamente.

Por ejemplo, hay personas que pueden presionaros a realizar algo que sabéis que está mal, a decir una mentira, o a hacer algo deshonesto, o a andar en compañías con las que no debéis estar, y pueden mostrar que están fastidiados ante la idea de que vosotros no accedáis. Pero no debéis acceder, no debéis hacer lo que está mal aunque debáis disgustar aún a aquellos a quienes quisierais complacer más.

Una vez más: no debéis sorprenderos si os encontráis con que os llaman hipócrita, y os ponen otros mote. No debéis inquietaros. Tenéis que ser insultados y burlados por vuestro trato, por ser estrictos y religiosos, por venir concienzudamente a la iglesia, por guardaros del mal lenguaje, y cosas semejantes. No os preocupéis. Tendréis, quizás, que descubrir con gran aflicción que hay personas que dicen a la ligera mentiras sobre vosotros a vuestras espaldas, que lo habéis hecho ha sido mal interpretado, y que en consecuencia se creen una cantidad de cosas malas acerca vuestro en todas partes. Aunque parezca duro no debéis preocuparos por ello, recordando que más mentiras fueron dichas de Nuestro Salvador y de sus Apóstoles de las que podría decirse de vosotros. Podéis descubrir que no sólo el común de los hombres cree lo que se dice de contra vosotros, sino aún aquellos con quienes deseáis estar bien. Pero si esto pasa por vuestra conciencia no debe importaros, sino estar alegres, dejando vuestra causa en manos de Dios, sabiendo que El traerá todo a la luz un día u otro, en el buen momento Suyo. Podrá haber personas que traten de amenazaros o asustaros para que hagáis algo malo, pero no debéis hacer caso, sino permanecer firmes.

De muchas maneras sois llamados a soportar el maltrato del mundo, o a resistir sus intentos de apartaros de Dios, pero debéis permanecer firmes, y no sorprenderos de que lo hagan. Debéis considerar que es vuestra verdadera vocación soportar y resistir. Es lo que ofrecéis a Dios como una suerte de correspondencia a Su gran misericordia. ¿No ha pasado Cristo por vosotros mucho más de lo que podríais estar llamados a pasar por El? Ha cargado El, que no tenía pecado, la cruz más amarga, y vosotros que sois pecadores, ¿vaciláis en soportar esas pobres tribulaciones y pequeños inconvenientes?

En conclusión, lo que he dicho me lleva a dos cuestiones sobre las que os pido prestar atención::

Primero, no estéis muy ansiosos de suponer que sois maltratados a causa de vuestra religión. Aclarad las cosas tanto como podáis, y guardaos de ser severos con aquellos que llevan vidas negligentes, o que pensáis o sabéis que os maltratan. No insistáis en tales asuntos. Quitad la mente de ellos. Evitad toda tristeza. Sed gentiles y agradables con aquellos que son perversos y, si Dios quiere, los ganaréis muy frecuentemente. Debéis rezar por aquellos que son negligentes, y especialmente si son antipáticos con vosotros.

¿Quién sino Dios puede escuchar vuestras oraciones, cambiar sus corazones y llevarlos hacia vosotros? Haced todo por ellos menos imitarlos y rendiros a ellos. Este es el verdadero espíritu cristiano, ser mansos y amables en los malos tratos, alegres en la difamación, perdonando a los enemigos, y callando en medio de las lenguas airadas.

Segundo, recordad que no podéis hacer ninguna cosa de las que he venido hablando sin la ayuda de Dios. Cualquiera que intente resistir al mundo o hacer otras cosas buenas por su propia fuerza fallará ciertamente. *Podemos* hacer cosas buenas, pero cuando Dios nos da fuerza para hacerlas. Por ello, debemos orar pidiéndole esa fuerza. Cuando somos tentados de cualquier modo debemos levantar nuestros corazones a Dios. Debemos decirle, “Señor, líbranos”. Cuando Nuestro Señor estaba por partir prometió a Sus discípulos un Consolador en lugar Suyo. Fue el Espíritu Santo, que está aún entre nosotros, aunque no le vemos, como Cristo estaba con los Apóstoles. Ha venido para iluminarnos, para guiarnos en el recto camino, y al fin llevarnos a Cristo en los cielos. Y bajó, como su nombre Consolador lo indica, para estar presente, confortar, y fortalecer a aquellos que están en cualquier tribulación, particularmente por parte de los hombres irreligiosos. Cuando Cristo se fue, los discípulos tuvieron que atravesar muchas tribulaciones, y entonces El los confortó con la llegada del Espíritu Santo y Eterno, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. “Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo”, les dijo (Jn 16,33). Entonces, cuando las personas religiosas están desanimadas o de algún modo apenadas ante las dificultades que el mundo pone en su camino, cuando desean seriamente hacer los que deben, aunque sientan cuán débiles son, recuerden que “no se pertenecen” sino que han sido “compradas por un precio”, y los lugares y templos donde habita el Espíritu misericordioso.

Por último, estoy bastante seguro de que ninguno de nosotros, aún el mejor, ha resistido al mundo como deberíamos haberlo hecho. Nuestras caras no han sido de piedra, hemos tenido miedo de las palabras de los hombres, y temblado ante sus miradas, y a veces nos hemos rendido a ellos contra nuestro mejor juicio. Tenemos que imaginar, en verdad, que el mundo pueda hacernos daño mientras guardamos los mandamientos de Dios. Examinemos nuestras conciencias, miremos nuestro pasado. Tratemos de purificar y limpiar nuestros corazones ante la mirada de Dios. Pidamos seriamente a Dios que nos enseñe más simple y claramente cuál es nuestro deber. Pidámosle que nos de un corazón para amarle, y verdadero arrepentimiento por lo que pasó. Pidámosle que nos enseñe *cómo* confesarle ante los hombres, para que no le neguemos ahora y tenga El que negarnos ante los Ángeles de Dios en la otra vida.

Traducción Fernando María Cavaller